

zon de las arterias y el cerebro de los nervios; trinidad que no carece de misterio, como tampoco deja de tenerle la metamorfosis de los gusanos en larvas y después en mariposas. Solo para admirar la reproducción de los seres se necesitan todas las facultades del alma: misterio incomprensible que cansa la imaginación sin contentarla. ¿Cómo se verifica esta comunicación de la vida? ¿Qué son los sexos? El germinalista, después de haber hallado mil razones para reírse del epigenesista, se detiene meditabundo ante las orejas de un mulo, y duda de cuanto creía. Fecundación, gestación, nacimiento, incremento, nutrición, reproducción, disolución, equilibrio de sexos, aprecio de las fuerzas, ley de la muerte, abismo de combinaciones, de relaciones, de afinidades y de intenciones evidentes que prueban otras innumerables. Galeno en el libro de la formación del feto aseguraba que de los doscientos huesos que contiene nuestro cuerpo, no hay uno que no tenga más de cuarenta oficios. El sol está en tanta relación con el ojo del arador, en el que deben penetrar sus rayos, refractarse en el cristalino y unirse en la retina, como con el del naturalista que observa dicho animalito con el microscopio. Y así como en la naturaleza nada puede atraer sin ser atraído, del mismo modo todos los oficios son recíprocos en proporción de la importancia comparativa de los seres. Todo, pues, tiene una dependencia, un fin. ¿Y esto qué supone?

Ahora bien, estas causas finales que yo llamaría con más gusto *intencionales*, parecen á Bacon un estorbo, un error; y acusaba á Platon de haber contaminado la filosofía natural introduciéndolas en ella.

Primeramente dice Bacon que *la investigación de las causas finales se opone á la de las físicas*. « Demócrito y los suyos (son sus palabras) penetraron la naturaleza mucho más que Platon y Aristóteles, porque no perdieron el tiempo en la investigación de las causas finales. » Mas bien tú, ilustre canciller, debiste penetrar bien poco *la naturaleza de las cosas*, sobre que escribiste un libro á la manera que algunos escriben viajes por países que solo han visto en panorama. De otro modo hubieras comprendido: lo primero, que las causas finales y las físicas se encuentran juntas; lo segundo, que á menudo son idénticas, y lo tercero, que el estudio y el respeto de las finales perfeccionan al físico, y le preparan para los descubrimientos. Si un Cristiano y un ateo descubren la propiedad que poseen las hojas de los árboles de absorber una gran cantidad de aire mefítico, el primero exclama: ¡Oh Providencia! Yo te admiro y te doy gracias; mas el segundo dice: *Es una ley de la naturaleza*. ¿En qué ventaja el segundo al primero? Muy de otro modo pensaba Boyle, á quien tanto deben las ciencias físicas, mientras que nada deben á Bacon: en efecto, Boyle compuso la obra titulada *El Cristiano naturalista*, para demostrar que esta

ciencia lleva al hombre necesariamente al Cristianismo, y una *Colección de escritos* sobre la excelencia de la teología comparada con la filosofía natural. Y de otro modo pensaba también el gran Linneo, que contemplando la naturaleza exclamaba: « Vi por la espalda, » cuando pasaba, al Dios eterno, omniscio y omnipotente, y quedé atónito. Supe descubrir algunas huellas de sus pasos en sus obras, y en todas, hasta en las más pequeñas, hasta en las que parecen no ser nada, ¡qué fuerza! ¡qué sabiduría! ¡qué inexplicable perfección encontré! »

El que se encuentra embarazado con las causas finales, porque supone un alma creadora, no ve en la naturaleza grupos, clases y familias, sino solamente individuos. Cuánto perjudica este modo de considerar las cosas, nadie puede demostrarlo mejor que Buffon, hombre de tanto ingenio, y sin embargo tan aficionado á precipitarse ciegamente en las ideas mecánicas: este formó planetas con los fragmentos del sol, montañas con las conchas y animales con las moléculas, y compuso sobre el origen del mundo una novela, repugnante á las primeras leyes de la dinámica. Haller, Spallanzani y Bonnet se burlaron desde luego de su fisiología y De Luc de su *fábula geológica*; los químicos reprobaron unánimes su mineralogía; Condillac concibió un gran desprecio hácia él, cuando leyó su discurso sobre los animales, y poco há vi anunciada una edición inglesa de sus obras *expurgadas de sus extravagancias* (*freed from his extravagances*).

Acordáos de Linneo y de Buffon, y decid después que para ser buen naturalista basta refutar las causas finales. Un químico insigne me enseña que el aceite, como igualmente todas las sustancias resinosas, puede reducirse en parte á agua. De Luc me dice con más generalidad que « el agua constituye la parte ponderable del aire inflamable, y que todo combustible es inflamable á causa del agua que contiene; así que, desde el momento que pierde esta, la llama cesa. » Esta es una verdad, pero dicha de un modo poco ameno. Oigamos á Pluche formar con ella un himno al Criador. « La cantidad proporcional de agua contenida juntamente con el fuego en todas las sustancias oleosas, produce la llama del azufre, de la cera, del sebo, de las grasas.... Para poner al hombre en estado de tener siempre á mano y de usar cuando quiera esta sustancia tan preciosa, la encerró Dios de un modo especial en los aceites. Qué sea el aceite, no lo sé (1); pero vemos que es el recipiente común en que se halla contenido aquel elemento tan terrible y fugitivo. Con su auxilio tenemos aprisionado el fuego: á pesar de su furia le trasportamos adonde nos parece,

(1) Según Bacon hasta que no se sabe la esencia, ó como dice, la forma del aceite, es una necesidad servirse de él.

graduamos á discreción su cantidad y medida, » y aunque parece indomable, permanece siempre sujeto á las leyes que le imponemos. « Añádase á esto que Dios al someter á nuestro dominio el fuego, ha sometido también la luz. Tales son los magníficos dones con que nos agració al darnos las materias oleosas; pero el hombre en vez de ver en ellas las intenciones de su bienhechor, no admira por lo común más que su destreza en el uso que sabe hacer de ellas. »

Ahora bien, ¿qué pierde esta verdad expuesta de un modo semejante? La persuasión de que el buey fué criado para arar mis campos, ¿por qué ha de apartarme de examinar su naturaleza, su conformación y su especie? ¿Por qué ha de serme más difícil descubrir la parálaje de un astro, después de haber imaginado que Dios le ha puesto en el espacio para tal ó cual fin espiritual? ¿El reconocimiento pondrá obstáculos al saber? ¿El afán de hacer descubrimientos no se estimulará más con la necesidad de admirar, y con el deseo de dar gracias y de oír cada vez más la voz con que los cielos, el fuego, el agua, el granizo y el genio de las tempestades proclaman la gloria de Dios? Pascal veía á Dios en todas partes: ¿y por ventura le supuso ocupado en elevar y bajar el mercurio en el barómetro? No: para explicar esto recurría al distinto peso del aire en las varias alturas; pero al mismo tiempo daba gracias á Dios por haber criado el aire para el hombre (1).

Á la investigación de las causas finales objetan algunos, en segundo lugar, que favorece el ateísmo, ó á lo ménos que conduce al escepti-

cismo, pues ya se asigna una causa, ya otra. ¿Cuán frecuente es hacer creer con hipócrita malignidad que han perjudicado á la religión los filósofos teístas, por haber defendido mal una buena causa! ¿Y por qué hemos de echar en olvido que muchos se han vuelto ateos leyendo libros religiosos? La expresión *causas finales* se toma, ya por las señales de una inteligencia suprema que se notan en el universo, ya por el fin particular de cada fenómeno especial. ¿Y quién puede asegurar haber descubierto Este último? ¿Qué extraño es que varias personas le crean diverso? Por ejemplo, yo digo: esta bomba se ha construido para apagar los incendios, y otro dice: se ha hecho para regar las calles. ¿Se opone esto á que ambos aseguremos que la hizo un artífice, el cual sabía muy bien lo que se hacía?

Las causas finales (dicen en tercer lugar) lo refieren todo al hombre. Siendo este el jefe y fin de la creación terrestre, y ocupando un puesto muy distinguido en la creación universal, usa de su derecho cuando contempla los seres en sus relaciones con él. Pero esto lo niegan los contrarios, empeñados solo en envilecer al hombre, considerándole como materia y como un punto imperceptible en el universo. Sin embargo, á primera vista no comprendo que tal creencia pueda ser perjudicial. Los huevos de gallina ¿han sido criados para hacer tortillas? Será así, ó no será; pero esto ¿qué importa á la cuestión abstracta de la intención y á suponer un autor inteligente, que es en lo que consiste la dificultad de la cuestión? También es un error creer que asignando un fin, se excluye otro. En efecto, esto es muy falso. Por ejemplo: Moisés dice que fué criada la luna *ut præset nocti*. ¿Y quiere negar con esto que ocasiona las mareas? El sol influye en estas. ¿Y esto excluye acaso que él madure las verduras de mi huerto?

Si queremos filosofar, no descuidemos la exactitud del lenguaje: recordemos que no sin motivo se envuelven algunos en las tinieblas, mas para otra cosa, para hacerse venerar de una multitud que reverencia lo que no entiende. La buena filosofía es clara, evidente y demostrable aun al sentido común. Si decís pues: Este ser ha sido criado para tal fin, podrá ser verdad; pero será una arrogancia decir: No fué criado sino para tal fin.

Prosigamos. Un hombre, ser imperceptible en el casi imperceptible globo que habita, ¿debe presumir que haya sido criado para él el universo? — Un hombre no, respondo yo; pero quedándonos cortos, esta tierra cuenta seis mil años, está habitada por mil millones de hombres (Voltaire sin más razón que su capricho los hace subir á 1,600 millones), y las generaciones se renuevan cada treinta años, de modo que si echamos la cuenta, la tierra ha tenido ya sobre su superficie doscientos mil millones de habitantes. Pensad lo que queráis sobre los tiempos primitivos, pero añadid los futuros, si

(1) El capítulo 7º del libro III de la obra del prof. Guillermo Whewell, *Astronomy and general physics, considered with reference to natural theology*, trata exclusivamente de las causas finales, y en él se halla ilustrado el pasaje de Bacon (*De augm. scientiarum*, etc., II, p. 105), con que quería Cabanis (*Rapport du physique et du moral de l'homme*, I, 229), rechazar los argumentos que sugiere la verdad; y en él se refutan completamente las objeciones que hace Laplace en el *Système du monde*, p. 412.

Conviene recordar á los Italianos el origen de Whewell. En febrero de 1829 murió el conde de Bridgewater, dejando 8,000 libras esterlinas para invertirse en fondos públicos y darlas con sus réditos en premio al que publicase una ó más obras sobre el Poder, saber y bondad de Dios manifestados en la creación, apoyándose en todos los argumentos racionales tomados de la variedad y conformación de las criaturas en los diversos reinos, de los efectos de la digestión y de la nutrición, de la construcción de la mano y de los descubrimientos hechos en las artes y en las ciencias. El presidente de la Sociedad real de Londres, declarado ejecutor de esta disposición, ordenó á ocho escritores componer los ocho tratados siguientes: 1º Sobre la armonía que existe entre la naturaleza exterior y la constitución moral é intelectual del hombre. 2º Sobre la que existe entre la naturaleza exterior y la condición física del mismo. 3º Sobre la mano y su forma considerada como prueba de un designio. 4º Sobre la fisiología animal y vegetal. 5º Sobre la geología y la mineralogía. 6º Sobre la historia, las costumbres y los instintos de los animales. 7º Sobre la química, la meteorología y la digestión. 8º Sobre la astronomía y la física general, que es la que citamos. — Estas obras fueron, como sus títulos lo demuestran, otras tantas refutaciones de la doctrina que estamos combatiendo. Nuestro amigo M. Babage, uno de los mayores matemáticos del mundo, ha querido añadir un tratado nomo para demostrar la revelación con las matemáticas; ensayo caprichoso.

podéis adivinarlos, y decidme si es tan absurdo que un sistema planetario haya sido criado únicamente para tan gran número de seres inteligentes y hechos a *imagen de Dios*, porque todo espíritu es semejante a él. — Mas los que sostienen las causas finales no pretenden que haya sido criado el mundo solo para el hombre: únicamente impugnan a los que dicen que no ha sido criado para él. Yo ciudadano particular no creo que la bella ciudad que habito con su teatro, calles, paseos, palacios, templos, hospital y otros tantos sitios cómodos, tanta facilidad para pasar bien la vida y tantos auxilios para los males, se haya hecho únicamente para mí; mas sin embargo, creo que se ha hecho también para mí, pues que yo gozo de todo lo que he dicho, lo mismo que los demás. Si negáis este derecho a cada individuo, resultará que los edificios públicos no se han fabricado para nadie. Del mismo modo si un habitante de la tierra no debe creer que el sol se ha hecho para él, tampoco lo podrán creer los habitantes de Mercurio, de Venus y de la Luna; y de aquí resultaría la graciosa paradoja de que el sol no ha sido criado para el sistema planetario.

También ponen la objeción de los males que algunos seres causan al hombre. — Un lobo se comió a uno de ellos: luego no es verdad que la especie humana tenga imperio sobre los lobos. Por lo demás, aun cuando queráis considerar al hombre como una parte indiferente de este todo, en él encontráis todavía orden, simetría, relación, dependencia, causas, fines y medios: por lo que es evidente que existe una providencia ordenadora, a que llamamos Dios.

En cuarto lugar, dicen, que el hombre no sabe aun bastante para llegar a las causas finales. — Pero debe notarse ante todo que con los antecedentes que tenemos, no es una ciencia tan difícil la de las intenciones; y además el ignorar *todos* los fines, ¿impide acaso conocer al artista? Arago fué a las islas Baleares a medir con sus instrumentos matemáticos la altura de sus montañas y un arco de meridiano, y los naturales del país, creyendo que dichos instrumentos servían, Dios sabe para qué, le dieron bastante que hacer. Ellos ignoraban el fin de aquellos aparatos; ¿pero dudaban por eso que los hubiese hecho un artista? ¿A qué conduce la simple cuestión de los fines? La inteligencia no se prueba a la inteligencia sino con la palabra y el orden, que también es una palabra, supuesto que esta solo es un pensamiento expresado: toda simetría es por sí misma un fin, independiente de otro ulterior. El examen de los fines particulares (entiéndase bien) hace perder el tiempo: a nosotros nos basta la completa demostración que resulta del fin abstracto y de la armonía de los medios, y que la obra manifieste por sí misma un artista inteligente.

Esperamos que todo este razonamiento no parecerá demasiado largo al que conozca cuán

arraigado está en algunos el deseo de retroceder hacia el materialismo, hacia Bacon y hacia Hume, no teniendo en nada los grandes adelantos que se han hecho últimamente en las ciencias; por esto llaman necios a los que en el universo cambian los efectos en intenciones y toman por causas y efectos los que no son mas que antecedentes y consiguientes. Creemos además debernos detener en esto, con tanta más razón cuanto que el orgullo que extravió a Bacon, puede extraviar también a otros, a quienes no ocurre preguntarse si entre todo el género humano y su persona, y entre el saber de tantos hombres eminentes y el suyo particular, no puede suceder que el engaño esté de su parte mas bien que de parte de todos los otros. Pero basta que duden de ello.

Todavía me parece que debo detenerme en este punto, porque observo que muchos afirman que la ciencia debe formar un ramo separado de la religión, y porque sé que en las escuelas se cree que la física, la filosofía y el derecho natural se deben apoyar en bases enteramente humanas; pero también sé que otros se ocupan en confirmar que toda ciencia crece sobre el tronco de la religión y que cada paso de aquella es una confirmación y demostración de esta.

Ahora bien, la unión de la teología con la filosofía era una de las cosas que mas aborrecía Bacon, el cual llega al extremo de lamentarse de que « en los helados corazones de nuestro tiempo, las cuestiones religiosas consumen los ingenios, » y que después del Cristianismo la mayor parte de los filósofos se han dedicado a la teología, como antiguamente se dedicaron a la moral. Por el contrario Mallebranche habia dicho que « el espíritu se hace mas puro, mas luminoso, mas fuerte y mas extenso a medida que se estrecha su unión con Dios, porque esta forma toda su perfección, » y que « los hombres pueden mirar la astronomía, la química y casi todas las ciencias como honestos desahogos del hombre, mas no dejarse deslumbrar con ellos, ni preferirlas a la ciencia del hombre. » El mismo Bacon (ved aquí si tengo razón para llamarle inconsecuente) habia dicho que « la religión es el aroma que impide a la ciencia corromperse. » En efecto, la ciencia era antiguamente propiedad del sacerdocio, y el ver que Copérnico, Kepler, Descartes, Newton, los Bernouilli, etc., son hijos del Cristianismo, nos inclina por lo ménos a creer que este ha prestado un gran auxilio a la ciencia, si las demás religiones no tienen otros nombres que oponer a los ilustres que hemos citado, aun cuando se incluyan las del Asia, antigua madre del saber. En los tiempos de la barbarie universal, los sacerdotes lo conservaron todo (1), y después lo

(1) Hume en su Ricardo III dice: « Si la Inglaterra posee mas analistas fieles y mas monumentos históricos que ninguna nación de Europa, lo debe al clero católico que conservó dichos tesoros... El que ha examinado los analistas cenobitas

renovaron también todo; la palabra *clérigo* fué por algun tiempo sinónima de literato: la conservación y el renacimiento de la astronomía, como observa el abate Andres (1) se debieron a la cuestión de la Pascua; la reforma del calendario fué obra del sacerdocio, y en ella trabajó mucho el jesuita Clavio; Lalande observó que muchísimos de dichos religiosos sobresalieron en la citada ciencia; nuestro Piazzi era fraile, y también lo era Guido d'Arezzo, inventor de las notas musicales.

Aquel soberbio siglo de los enciclopedistas, que solo respiraba física, ¿ha producido ingenios iguales a los del siglo religioso que le precedió? Descártes que le empezó y Mallebranche que le concluyó, ¿han tenido iguales entre sus sucesores? ¿Quién examinó el corazón humano de un modo tan terrible como La Rochefoucauld? ¿Quién presentó un curso de moral mas completo que Nicole? ¿Dónde hay un libro que pueda compararse con el *conocimiento de sí mismo* de Abbadie? ¿Qué filósofo es igual a Pascal? ¿A quién se puede poner al lado de Bossuet y Fenelon? Después de lo que escribió Petau sobre la libertad del hombre considerada en sí misma y con relación a la presciencia y a la acción divina, ¿no causa compasión lo que balbuceó Locke? No podia ser de otro modo, siendo la filosofía la *ciencia que enseña la razón de las cosas*. Añádase a esto que la filosofía precedente se dirigía siempre a la perfección del hombre; en tanto que la otra, destruyendo los dogmas comunes, y *extinguendo*, como dice nuestro poeta, *los corazones con la duda*, aisló al hombre, y le hizo orgulloso, egoísta y perjudicial a sí mismo y a los demás. Y en verdad no faltaron al siglo pasado grandes ingenios; pero por sus producciones se puede conocer cuánto daño les causó la irreligión. Sirvan de ejemplo entre todas ellas los dos libros que mas influencia tuvieron, a saber: el *Espíritu de las leyes* y el *Contrato social*.

Han echado en cara a la Iglesia Católica haber perseguido algunas verdades físicas. — Mas en primer lugar la Inquisición no era la Iglesia; y además, el apoyarse en el proceso de Galileo sería vanidad en Italia después de lo que ha expuesto Tiraboschi; Copérnico dedicó su libro a un pontífice, y en su dedicatoria habla con calor contra los que ratiocinan sobre el sistema del mundo sin ser matemáticos.

¿Qué diremos de las bellas artes? En el renacimiento de estas, Cristo y sus discípulos se ofrecieron a la imaginación del artista, y si la antigüedad se habia propuesto por modelo un *bello ideal*, el Cristianismo se propuso un *bello*

sabe que al través de su estilo bárbaro, están llenos de alusiones a los clásicos, principalmente a los poetas. » Y para que su autoridad no sea sospechosa, advertiré que el mismo escritor en su Enrique VIII dice: « Que en beneficio de los monasterios fueron robadas a las artes útiles muchas personas, y educadas en aquellas mansiones de la holgazanería y de la ignorancia. » Otra contradicción.

(1) Origen, progresos, etc., t. IV, p. 230.

celestial. El arte antiguo presentó en el grupo de Laoconte el grado mas elevado del sufrimiento físico y moral sin contorsiones ni deformidades; pero aun quedaba por pintar la Divinidad doliente, y aquellos sublimes mártires que podían salvar la vida diciendo *no*, y la prodigaban diciendo *si*, sobre el semblante de los cuales debe mostrar el artista no solo el dolor bello, sino el dolor que se sufre con gusto, el cual se mezcla y armoniza con la fe, con la esperanza y con el amor.

Se ha censurado a la religión reprobar la desnudez. — Pero una mujer honesta ¿no se avergonzará de verse expuesta a las miradas de los demás de un modo en que no osaría presentarse en una sociedad? *Lo bello es lo que agrada a la virtud ilustrada*. El mismo velo que cubre a la belleza, ¿no nos muestra bien claramente que la mujer que aspira mas a cautivar la vista que la imaginación, carece de gusto todavía mas que de prudencia? Y si nos atenemos a la experiencia, la Trasfiguración de Rafael y tantas imágenes de Nuestra Señora en que todos los pintores hicieron el ensayo, ¿son ménos bellas porque no están desnudas? El Palamedes, el Hércules y Licas de Cánova superan acaso al monumento del pontífice Rezzónico y al de María Cristina? La mujer cristiana es mas bella que la misma belleza, ya cuando para confesar la fe camina al suplicio con las honestas gracias de su sexo y el valor del nuestro, ya cuando junto al lecho del dolor viene a servir y consolar a la pobreza enferma ó afligida, ó cuando al pié del altar cumple un rito, en virtud del cual el suspiro secreto del corazón queda solemnemente bendito, y el amor santificado.

Séanos lícito proponer aquí una duda sobre la causa de nuestra inferioridad respecto a los antiguos en la escultura, mientras que los vencemos en la pintura. Esta, no teniendo modelos antiguos, y habiendo nacido enteramente en Iglesia, produjo con libertad todo lo que podia producir; pero la escultura copió, y la copia es siempre inferior al original; además de que en vano hubiera buscado un ángel en el Apolo del Belveder, una imagen de Nuestra Señora en la Venus de Médicis, un mártir en el Laoconte y un evangelista en el Platon.

Acerca de la influencia de la religión sobre la arquitectura nada hay que decir, pues desde las ruinas de Tentíris hasta San Francisco de Nápoles todos los monumentos están hablando, y se encuentran enteramente en pié todas esas catedrales, contraste extraño con las obras de un día de que están rodeadas. Tampoco me parece necesario hacer ninguna indicación de la poesía estando en Italia, mayormente en la patria de Manzoni.

No tememos mostrarnos demasiado severos con Bacon. « Los errores mismos de los hombres, dice Rosmini, contribuyen en las vastas miras de la Providencia a los progresos del espíritu humano; dan ocasión a que se saquen a mejor luz las verdades mas importantes;

excitan hácia la Providencia el amor del género humano, el cual agitado durante mucho tiempo por el error, llega en fin á reconocerla como el objeto mas precioso y saludable de todos. Por lo tanto, aun cuando los filósofos hubieran caído en los errores mas graves, no por eso habrían proporcionado ménos ventajas á la humanidad, la cual conoce ya, precisamente por sus dudas y sus doctrinas incompletas, la necesidad y el precio inestimable de una filosofía sólida y verdadera. »

Los grandes extravíos de Bacon nacieron, á mi parecer, de su pretension de separar las ciencias cuya perfeccion solo puede provenir de su armonía, y las cuales, cuanto mas adelantadas, mas se las ve dirigirse hácia una unidad grandiosa. Dotado dicho filósofo de una imaginación viva, siendo un escritor sensato, ingenioso y elocuente, y estando enamorado de la ciencia, una presunción inmoderada y el aspirar á victorias vanas y momentáneas sobre la opinión establecida, ántes que á proporcionar verdaderas ventajas al espíritu humano y á la sociedad, fueron causa de que confiase en poder destruir cuanto se habia hecho y dicho hasta entónces y presentar nuevos métodos para interrogar á la naturaleza. Sus métodos no se siguieron, y tal vez puede decirse de él con razon lo que él aplicó sin fundamento á los Griegos, cuando los comparó con los niños, los cuales hablan mucho y no hacen nada.

Y si recordamos que consideraba la física como la única ciencia, y la moral, la política y la jurisprudencia como conocimientos de mera opinión (1), y como estériles en obras (*operis effete*), y distantes de la práctica; si recordamos la vida del canciller inglés, las bajas adulaciones que tributó á Jacobo I, la justificación que hizo del asesinato jurídico de Stanley, sus sugerencias al que creía haber ofendido al príncipe para que echase con destreza la culpa á otro, hagamos votos sinceros por que, cualquiera opinión que se tenga de él como restaurador de las ciencias físicas, ninguno le siga en las morales y ninguno se atenga á los consejos que da al que quiera labrar su propia felicidad (2).

§ 4. DESCARTES.

Se refiere á la Narracion, lib. XVI, cap. 39.

« Renato Descartes mostró desde su infancia una curiosidad notable por indagar la naturaleza y las causas de cuanto veía, acompañada de una facilidad y exactitud extraordinarias para concebir las cosas. Habiendo entrado muy

(1) « Artes populares et opinabiles. De aug. scient. Doctrinae » quæ in opinionibus hominum positæ sunt, velut in moralibus » et politicis. »

(2) Como naturalista le juzgó últimamente de un modo muy severo Justo Liebig. Sobre esto véase el tomo V de nuestra Historia.

jóven en el colegio de Jesuitas de La Fleche, donde estudió literatura y filosofía, á los diez y siete años empezó á reflexionar con poca satisfacción suya sobre el estado de sus estudios, encontrándose lleno de errores y teniendo que confesar que no habia adquirido mas que la convicción de su ignorancia. Sabia que habia sido educado en una escuela célebre, y no se hallaba inferior á sus coetáneos; pero la moral, la lógica y aun la geometría de los antiguos no llenaban su espíritu de aquellas verdades puras de que tanto deseo tenia. Habiéndose marchado de La Fleche, pasó algunos años en el gran mundo y sirvió como voluntario á las órdenes del príncipe Mauricio y en el ejército imperial; pero durante este tiempo se retiró algunas veces de la sociedad para entregarse á las matemáticas, y ya bullían en su espíritu algunos gérmenes de su filosofía propia.

« Acababa de cumplir veintitres años, cuando estando un invierno en Neuburg sobre el Danubio, empezó á meditar sobre la futilidad de los sistemas de filosofía que existían entónces y la variedad de opiniones que habia entre los hombres; todo lo cual hacia concebir la probabilidad de que ninguno hubiese encontrado la verdadera ciencia. Resolvió ponerse á buscarla por sí solo, empezando por desechar todos los juicios anteriores como prematuros y precarios. Tomó por guía unas cuantas reglas fundamentales de la lógica, por ejemplo, no admitir como verdadero sino lo que estuviese bien demostrado, y proceder de las ideas simples á las complejas, tomando por verdadero arte de raciocinar el método con que los geómetras habian llevado sus ciencias mas allá que los otros las suyas. Empezando, pues, por las matemáticas, y observando que, aun cuando estas ciencias tienen objetos diferentes, en realidad solo tratan de las relaciones de la cantidad, logró hacer casi por casualidad el gran descubrimiento de que las curvas geométricas pueden expresarse algebráicamente (1); resultado que le hizo concebir las mayores esperanzas de la aplicación de su método á las demas partes de la filosofía.

« Pasó diez años observando á los hombres en diferentes países de Europa, sin perder nunca de vista el fin que se habia propuesto, y no habiendo concebido todavía un sistema de filosofía diferente de los de sus contemporáneos, porque no se creía aun capaz de emprender nada nuevo. Pero á los treinta y tres años, convencido de que un completo retiro era indispensable para la vigorosa investigación de los primeros principios, á la cual estaba resuelto á dedicarse enteramente, dejó á Paris casi sin que lo supiesen sus amigos y se retiró á Holanda. Allí estuvo ocho años libre de distracciones y ocultando el lugar de su retiro, aunque mantuvo correspondencia con muchos amigos suyos de Francia.

(1) *Œuvres de Descartes, par M. Cousin, Paris, 1824* tomo I, pág. 143.

« En 1637 dió á luz un volumen que comprendía el *Discurso sobre el método la Dióptrica, los Meteoros y la Geometría*. En el Discurso, que es por suerte el mas notable entre los escritos de Descartes, porque nos pinta en él su vida y la historia de sus escritos, está contenida la metafísica cartesiana, compuesta de muy pocos artículos y expuesta casi con tanta minuciosidad como en sus obras sucesivas. Estos principios fundamentales se hallan desenvueltos mas á la larga en las *Meditaciones de prima philosophia* publicadas en 1641 en latin, y sobre las cuales provocó la crítica de los filósofos; estos la aceptaron y en las ediciones siguientes se encuentran siete series de objeciones hechas por siete personas, con las respuestas de Descartes.

« Los *Principios de filosofía* publicados en latin en 1644 contienen lo que puede mirarse como la exposicion final, que ocupa la mayor parte del libro primero, escrito con laconismo y precision, y en el cual se muestra mejor que en ninguna otra parte la belleza de estilo filosófico que distingue á Descartes. Clerselier, sabio amigo de este, hizo la traducción de dicha obra, la cual contrasta con la brevedad elíptica de Aristóteles, que indica con pocas palabras los puntos mas importantes, y con la declamación hinchada y figurada de muchos metafísicos modernos. Mallebranche y mas todavía Arnauld imitaron la admirable exactitud de su maestro.

« Su tratado póstumo é incompleto intitulado: *Investigación de la verdad con las luces naturales*, no contiene mas que un desarrollo parcial de los mismos principios esenciales del cartesianismo. En las obras de Descartes hay muchas repeticiones aparentes; pero quien las examina con atención, ve que las ideas no varían mucho en el fondo, y que las diferencias resultan de las nuevas luces que arroja en el discurso de sus reflexiones.

« Continuando el examen de los primeros principios de los conocimientos, advierte Descartes que no solo hay motivo para dudar de las diversas opiniones que encontró recibidas entre los hombres, en razon de su propia variedad, sino que las mismas fuentes de lo que él habia reconocido por verdad pura, es decir, los sentidos, no le suministraban ninguna certeza positiva. Se acordó de las muchas veces que le habian engañado apariencias que á primera vista no le habian ofrecido ningun indicio de inexactitud; pero en vano se preguntó qué signo infalible le haria conocer la realidad de los objetos exteriores, ó á lo ménos su conformidad con la idea que se formaba de ellos. Las fuertes impresiones que recibía en sueños le condujeron á investigar si cuanto veía y oía podia ser un sueño. Es verdad que parece que existen algunas ideas mas elementales que otras, como las de extension, figura y duración, las cuales no podia considerar como ilusorias, y así no podia negar que aun cuando no existiese ningun triángulo en el mundo, la suma de los ángulos de uno concebido mentalmente, aunque fuese en sueños, debía ser igual á dos rectos. Mas no tardó en ver que aun faltaba algo á la certeza de esta demostración, no siendo imposible engañarse en un razonamiento geométrico, y pudiendo el haberse engañado en este, mayormente siendo un encadenamiento de consecuencias, cuyos términos particulares no están presentes en el alma en el mismo instante. Sobre todo podia haber un Ser Supremo que tuviese voluntad y poder para engañar; y el tratar esto como cosa improbable, como hipótesis arbitraria, no era responder á ello. Descartes habia sentado por principio que no podia aceptarse como verdadero sino lo que era susceptible de demostración, y dice (cosa que parece algun tanto hiperbólica y extravagante) que él hallaba poca diferencia entre una suposición meramente probable y una falsa; en lo cual se debe creer que habla como geómetra.

« Deponiendo así toda creencia en lo que el mundo tiene de cierto, perdió Descartes algun tiempo nadando en una especie de abismo; pero no tardó en poner los piés sobre una piedra, desde la que pudo salir á tierra. Dudando de todo, y abandonándolo todo, llegó á hacerse esta pregunta: ¿Qué cosa es la que niega y duda? Es menester que sea algo: pudo muy bien engañarle algun poder superior, mas el engañado era él: sentía su propia existencia, y la prueba de ello era sentirla, haberla afirmado, dudar de ella, y en suma el ser una sustancia capaz de pensar. *Cogito, ergo sum*: este famoso entimema de la filosofía cartesiana ocultaba bajo un lenguaje algun tanto sentencioso lo que era para él y debe ser para todos nosotros la base eterna de convicción, base que ningun argumento puede asegurar y ningun sofisma destruir; el sentimiento de un ser interior, de un yo indivisible é inteligente. La sola prueba de este hecho es que no necesita ninguna, pues no hay á quien pueda ocurrir dudar de buena fe de su propia existencia, ó expresar una duda relativa á esta sin caer al punto en el absurdo.

« El escepticismo temporal de Descartes no tiene nada que ver con el de los pitagóricos, aun cuando algunos de sus argumentos han sido tomados de la escuela de estos. Ni tampoco, lo que es digno de reflexión, hizo uso de los raciocinios que empleó despues Berkeley contra la existencia del mundo material, sin embargo de que ninguno mejor que Descartes ha hecho distinción entre la realidad objetiva (cual se suponía entónces) de las ideas en el espíritu, y la exterior y sensible de las cosas. Tan lejos estaba del escepticismo que sus errores provinieron, sin que él lo advirtiese, de una causa enteramente opuesta, de un exceso de confianza en teorías que no podia demostrar y á las cuales no podia atribuir mucha probabilidad.

« La certeza de un yo que existe condujo fácilmente á Descartes á las operaciones del alma